MÁS ALLÁ DE LAS PALABRAS

CRÓNICAS DE LA PRÁCTICA DE *UN CURSO DE MILAGROS*

EL GRANO Đ MOSTAZA

Título: Más allá de las palabras
Subtítulo: Crónicas de la práctica de *Un curso de milagros*
Autor: Patricia Besada

Primera edición en España, julio de 2018

© para la edición en España, El Grano de Mostaza Ediciones

Impreso en España
Depósito Legal: B 16.477-2018
ISBN: 978-84-94873935

El Grano de Mostaza Ediciones, S.L.
Carrer de Balmes 394, principal primera
08022 Barcelona, Spain
www.elgranodemostaza.com

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (‹www.conlicencia.com›; 91 702 19 70/93 272 04 45)».

MÁS ALLÁ DE LAS PALABRAS

CRÓNICAS DE LA PRÁCTICA DE *UN CURSO DE MILAGROS*

ÍNDICE

Prólogo 9

Introducción 15

Capítulo 1. Dulces recordatorios 17

Capítulo 2. No sé lo que deseo 27

Capítulo 3. Un salto a las estrellas 93

Capítulo 4. De noche 127

Capítulo 5. La mañana de barro 167

Capítulo 6. La flecha 213

Capítulo 7. Infancia extraviada 257

Recapitulando 315

Epílogo 321

PRÓLOGO

Palabras.

Palabras que expresan ideas, que inspiran revoluciones, reconfortan sentimientos, movilizan ejércitos, calman a los niños, acompañan a moribundos, llegan a Dios. Libros. Cartas. Mensajitos. Correítos. Formas de dejarme saber, de dejarte saber, de dejarnos saber que estamos aquí.

Fue Ada, mi madre, quien me descubrió el amor por la lectura. Mis primeros libros incluían pócimas y magia, dragones y princesas, con fortuitas ilustraciones trilladas que, según mi legítima opinión infantil, debían excluirse y destinar el espacio para mejorar la trama. No tendría yo más de ocho años cuando, ocasionalmente y con la promesa de volverse tradición, ella comenzó a regalarme unos libritos de tapa dura y escarlata que formaban una colección de cuyo nombre no guardo registro. Tenía que respetar dos consignas: guardar el libro debajo de la almohada y memorizar el número de la página que estaba leyendo. *Corazón*, de Edmundo de Amicis fue el primer libro que leí. El segundo fue *La cabaña del tío Tom,* de Harriet Beecher Stowe, que le había tocado en suerte a mi hermano pero que no pude dejar de leer en cuanto tenía un rato libre que, para esa edad, eran casi todos.

Recuerdo el primer libro que tocó mi corazón. *Platero y yo* de Juan Ramón Jiménez, una lectura obligatoria de la escuela. Como persona que ama profundamente a todos los perros, y con casi diez años, fue fácil imaginarme a *Platero* como una especie de *Scooby Doo* más grande. Lloré desconsoladamente. No podía ni pensar en el libro sin que el gimoteo se disparara como loco. Volví a leerlo un par de veces más y el resultado fue el mismo. Hace años que no visito esas páginas, seguramente para no recordar el vacío que las colitas ondeantes y hocicos fríos que *Lady*, *July*, *Dominique*, *Camila*, *Cleolinda*, *Tina*, *Blanquita* y *Daisy* dejaron en mí. Ya pronto nos veremos, compañeras mías.

Mi amor por las palabras se profundizó cuando una mañana del 73 en la cocina de mi casa, Eduardo, mi padre, me enseñó cómo leer en voz

alta. Era una poesía, *El nido ausente* de Leopoldo Lugones, que aún me sé de memoria. La leímos juntos, practicando las pausas, experimentando la entonación, sumergiéndonos lentamente en las palabras hasta descubrir el corazón del autor. Todo ese sentir transformador nos envolvió y luego explotó en la voz.

¡Pobre pájaro afligido que solo saber cantar!
¡Y cantando llora el nido que ya nunca ha de encontrar!

La fuerza de las palabras me convirtió en ese pájaro fiel que, sin tregua, llama a su amor ausente. Mi voz se quebraba mientras mi padre, con la mirada fija en el suelo, me escuchaba. Me gustaría pensar que al terminar de leer me dio un beso y me dijo algo, pero en realidad no lo recuerdo.

Hoy sé que ese día recibí un regalo infinito, sublime. Mi padre me enseñó a descubrir una inexplicable y a la vez natural conexión. Ese amor filial seguramente facilitó que el corazón del autor se nos uniera para que un torrente de emociones cantara a través de mi voz. Algo añosa ya, esta sigue siendo mi forma de leer, y ni una sola vez el propósito de las palabras ha faltado a su cita.

Poco tiempo después, en junio del 74, hice mi primera incursión con la tinta.

Yo no sé, será porque no lo tengo que es por eso que más ansío estar con él.

Esa fue la primera línea que escribí ocho meses después del fallecimiento de mi padre, en un domingo interminable. Me había cansado de llorar, de hacer tantas preguntas y de no tener ni indicio de respuesta. Nada. No escuchaba ni el eco de su voz diciéndome: «Te quiero. Estoy con vos. No llores más, chambona». No hay nada peor que la nada. Así que, en la mesa de esa misma cocina donde aprendí a leer, apoyé un cuadernito de tapas verde oscuro con la marca *Mis Apuntes* pintada en dorado y escribí. Y escribí sin parar hasta que llegué al final. De alguna manera, respirar dejó de doler por un rato.

Tiempo después, Mirta, la hija de un amigo de la familia, me regaló un libro que aún conservo. Una tierna dedicatoria en una cuidada caligrafía ahora sobre páginas amarillentas, acompaña mi ejemplar de *El Principito* de Antoine de Saint-Exupéry. «¡Principito no, no te vayas!»,

sollozaba en silencio mi corazón mientras mis ojos ahogados se esforzaban en leer. Me abracé al libro, lloré, dudé de mi entendimiento y volví a leer el final.

¡No me dejen tan triste!

Una vez al año, vuelvo a encontrarme con la sencillez y profundidad del corazón del autor. La hermosura de las estrellas que saben reír y el desconsuelo siempre honran su propósito de invitarnos a recordar lo esencial.

En mi adolescencia, la biblioteca de mi madre fue una obligada incursión a hurtadillas. Un libro de tapas ambarinas con letras negras y la imagen de un camafeo captaron mi inquieta curiosidad. *Jane Eyre,* de Charlotte Brontë. No podía ni pronunciar el nombre del libro ni de la autora, pero eso no impidió que a los doce años me enamorara perdidamente de Edward Fairfax Rochester, romance que hasta hoy persiste. Es mi héroe literario, si bien y para nombrar solo algunos, Mr. Darcy, Mr. Thornton, Capitán Wentworth, Coronel Brandon e incluso Heathcliff ocupan una posición importante en mi *ranking* byroniano. Años después, descubrí nuevamente a Jane Eyre al leerla en inglés. Puedo citar algunas partes de memoria, en particular mi parlamento favorito de Mr. Rochester, que comienza diciendo: «*Thornfield is a pleasant place in summer, is it not?*».

Y casi para terminar este recorrido por la biblioteca de mi corazón, tengo que mencionar un libro que María Inés, una compañera de la escuela primaria, me prestó y yo honré devolviendo. *Las doradas manzanas del Sol*, de Ray Bradbury. Descubrí tres cosas al mismo tiempo: la poesía, la ciencia ficción y los cuentos, géneros que hasta ese entonces nunca había considerado. Fue una alegría leer de nuevo todo el trabajo del genial Bradbury en su idioma original.

De manera algo anárquica, fui descubriendo más y más autores. Kipling, Asimov, Dickens y Huxley. Kafka, Gibrán, Austen y Tolkien. Poe, Shakespeare, Whitman y Clarke. Hesse, Lovecraft, las otras Brontë y Carroll. Chandler, Wilde, Cortázar y Byron. Puedo seguir, pero es innecesario.

Una salvedad. La música es para mí una forma particular de literatura. Por lo tanto, podría hacer el mismo recorrido desde mi niñez pasando por el jazz de Duke Ellington y Fats Waller de mi padre; el folklore de Cafrune y Los Tucu Tucu de mi madre; hasta llegar a Pink Floyd, Genesis

y Van der Graaf, que me acompañan desde siempre. Guardo también las palabras que mi hermano una vez escribió al regalarme el mejor álbum de rock de todos los tiempos. En fibra azul y letra de imprenta, y en un papelito pequeño aún puede leerse:

Por los pequeños pétalos que forman la flor de mi hermana.

En realidad, creo que palabras es lo único que tengo. Y muchas veces, deseo que sean solo las más bellas, las correctas, las que inspiren amor, las que despierten bondades, las que evoquen el Cielo. He leído miles de palabras iluminadas, palabras maravillosas, y no siempre mi obrar ha respondido de un modo apropiado.

Creo que soy mejor persona escribiendo que siendo. Un mejor yo amanece cuando escribo. Soy honesta, no se pueden escribir falsedades.

Trotando por el parque.
Una pareja de la mano.
Las hojas del otoño y un crujir.
Un perro me saluda.
El ruido de las hamacas.
Una moto.
Verdes cobrizos y carmines en los árboles.

Dejo la oficina y camino para distenderme.
Una frenada brusca.
Pibes que piden limosna.
Ayudo a una persona a cruzar la calle.

Subo al auto y una música suena suave.
Carros que congestionan las avenidas.
El sol a través de los árboles desnudos.
Todos los semáforos en rojo.
Un celular que insiste.

La llanura pampeana y una ruta que la surca.
El viento y sus adivinanzas.
Un paisaje inmóvil siempre cambiante.
Ejércitos de nubes bajas.

Algo de esto y todo esto despierta una emoción en mí. En ese instante capturo el momento hasta que me siento a escribir. Cierro los ojos para que nada me distraiga, busco en mi corazón esa emoción. Ahí está. Y en ese estado, escribo.

Escribo porque sabiendo que lo tengo todo, a veces no tengo nada.
Escribo porque no puedo hablar y necesito decir.
Escribo porque tengo que dejar fluir este amor sin ahogarme.
Escribo porque no quiero morir del todo.
Escribo porque yo estoy detrás de las palabras.

Yo soy ese nido donde las palabras están perdidas, pero que aguardan pacientes un amanecer en donde finalmente se busquen y se encuentren.

Yo soy ese nido donde las palabras se astillan en millones de fragmentos, pero que no pueden evitar hermanarse una y otra vez.

Yo soy ese nido donde las palabras quieren aprender a ser mejores, y donde crecerán hasta comprender que siempre fueron perfectas.

Yo soy ese nido destinado a la ausencia, cuando las palabras finalmente extiendan sus alas para volar.

Patricia
Enero 2018

INTRODUCCIÓN

Cuando comencé a estudiar —me corrijo—, cuando comencé a leer *Un curso de milagros*, mi entrenamiento como estudiante primero y docente después hizo de las suyas. Leía el libro azul y tomaba apuntes en un cuaderno. Luego en otro y en seguida otro más y no sé cuántos fueron. Todavía los conservo, una colección de notas algo amarillentas ya, pero ahí están. Un universo de palabras que me conducían a una experiencia.

Inefable experiencia de ir más allá de las palabras hasta alcanzar una perfecta quietud, dejar el mundo y sus miedos. Y escuchar.

Inmensurable experiencia de un viaje más allá de las palabras hasta dejar de lado todas las defensas durante un instante. Y escuchar.

Indescriptible experiencia de encontrar más allá de las palabras el verdadero significado de todo, el auténtico remanso de paz. Y escuchar.

De todas formas, cada experiencia profunda e intensamente personal hace inútil cualquier intento por describirla. No obstante, sabiendo que esta empresa manuscrita es imposible, elijo escribir, elijo dar las mejores palabras como reflejo de lo que he recibido.

Garabateo estas reflexiones desde la certeza, en un humilde intento de sumar mi voz a esta llamada universal que, en última instancia, busca traducir lo infructuoso en beneficioso, lo fútil en valioso, lo efímero en inmortal. Un llamamiento así es tan poderoso que infunde de verdad todas las palabras, haciendo posible que yo pueda escuchar, que tú puedas escuchar. Y de esta manera nos apropiamos de la respuesta que el mismísimo Espíritu ha salvaguardado para nosotros.

Así es pues que, desempolvando mis viejos cuadernos, repletos de apuntes, preguntas y dudas, comparto contigo, querido lector, estas crónicas que toman como estructura la primera parte de las lecciones de este documento espiritual a la luz de casi veinte años de estudio ¡que no significan absolutamente nada!

Me gustaría creer que este compiladito de reflexiones se ha contagiado un poco del entendimiento del Dr. Kenneth Wapnick, el primer Maestro de Dios de *Un curso de milagros*. Si no lo he logrado, por favor, regálame la felicidad de la ignorancia.

Para concluir, no esperes encontrar en estas páginas, cargadas de notas para despertar, un sustituto de tu trabajo con el camino del perdón. Tampoco creas que este libro es un compañero de las lecciones del Libro de Ejercicios, porque verdaderamente no lo es ni jamás lo será. El propósito de esta *memorabilia* es adentrarnos en el mutuo entendimiento de los principios del milagro, y quizás por holgazanería, sentí que honrar la estructura de las lecciones era lo más apropiado para lograrlo y, por lo tanto, no dejar ningún tema sin explorar. Como pronto advertirás, estas crónicas encuentran un profundo sustento en el Texto, haciendo mucho más manifiesta la estructura holográfica del Curso.

Seguramente ya sabes que nuestro libro azul nos brinda un marco de enseñanza y un Maestro que guía nuestro cometido. Y seguramente también sabes —y si no, he aquí el primer recordatorio— que al seguir su dulce Dirección los resultados son incuestionables, verdaderos, más allá de las palabras.

CAPÍTULO 1

DULCES RECORDATORIOS

Antes de comenzar con estas humildes crónicas, construidas a lo largo de casi dos décadas de temperado estudio, creo que es necesario compartir ciertas consideraciones que confío darán sustento y convicción a mis palabras.

Un curso de milagros es una espiritualidad fácil e intensamente práctica, y no un envoltorio de exótico misticismo para nuestras costumbres cotidianas. Tampoco es un culto ni una comunidad ni una iglesia ni un ministerio. Es un camino espiritual que algunas personas eligen recorrer. Y si bien la idea de unión es central en estas enseñanzas, no tengo que sumarme a ningún grupo de estudio o congregación o hermandad o escuela.

La unión que en algún momento abrazaré es de otra clase. Es volverme a Jesús o al Espíritu Santo como símbolo de renunciar al ego en mí. Unirme a Ellos es el camino que brinda la experiencia de unidad con otras personas para reconocerlas como hermanos, y este compromiso no está acompañado de coros celestiales, destellos de luz o ángeles que vitorean mi nombre. Esta unión ocurre natural en ese instante donde reconozco que tú y yo no tenemos intereses separados. Y ese interés es simple y claro: despertar del sueño de la separación.

> *Y de esta manera aprenderás de Él cómo reemplazar tu sueño de separación por el hecho innegable de la unidad. (T-12.I.10:5)*

Este es el cambio interior que nos proponemos alcanzar. No tiene nada que ver con mi comportamiento. Está claro que jamás podré comportarme de verdad de un modo amoroso hasta que no perciba correc-

tamente. *Tienes que cambiar de mentalidad, no de comportamiento*, señala el *Curso* ya en sus primeras páginas.

Seguro que estas ideas no son nuevas para ti, querido lector, pero es indispensable enfatizar su importancia. Es en nuestra mente donde se requieren correcciones y, por ende, para cambiar de mentalidad primero tenemos que reconocer que tenemos una mente. Pero está dividida, separada, confundida, porque no puede dejar de rechazar una parte de sí misma. En última instancia, nos hemos convencido de haber logrado lo imposible: fabricar una voluntad mejor que la de Dios, separar nuestro propósito de la Voluntad de Dios.

La práctica de la unión con y en el Espíritu Santo es la forma gracias a la cual la aparente separación se restaura, ya que Él sabe que no estamos apartados de Dios y, al mismo tiempo, corrige aquello que albergamos en la mente que nos hace pensar que sí lo estamos. Con esta amalgama de ideas, es momento de profundizar en el entendimiento de algunos principios centrales de esta jornada al despertar si es que convertirnos en verdaderos estudiantes felices es nuestra decisión. Examinemos juntos el primero de estos principios.

La proyección da lugar a la percepción (T-13.V.3:5)

No recuerdo con precisión cuánto tiempo me demandó entender esta máxima. De no haberle dedicado toda mi atención, la naturaleza del mundo y la dinámica del perdón hubieran quedado en un estadio de imprecisiones intelectuales, garantizando una práctica azucarada, por no decir empalagosa, cuyo destino promovía la espiritualización del ego y, en resumidas cuentas, tratar de hacer de este un mundo mejor. Pero, una vez más, ese no es el propósito de este camino.

Si la proyección da lugar a la percepción, el mundo que veo está compuesto únicamente de todas las cosas que son valiosas para mí. Puedo entonces decirme con mucha apacibilidad que el mundo que veo es testimonio de mis creencias; es, pues, una «imagen externa de una condición interna» *(T-21.IN.1:5)*.

Me he imaginado un yo errante y sueño con este mundo, que es su efecto. Todos los que deambulamos por estos terruños patrocinamos un ego —o un yo—, y así nos vemos en la necesidad de forjar un hábitat plagado de otros yoes, cuerpos capaces de cometer los actos más viles, figuras que en última instancia satisfacen el infinito requisito del ego de abrigar resentimientos. Dicho esto, seguramente te preguntes ahora

cuál es la tarea del Espíritu Santo que, de tan natural, casi pasa inadvertida a nuestro entendimiento.

> *La tarea del Espíritu Santo consiste, pues, en reinterpretarte a ti en nombre de Dios. (T-5.III.7:7)*

Me emociona esta idea. Alguien que me conoce y me ama. Alguien que me reinterprete desde la visión de Dios. Pero más vale ahora una aclaración. Ya sé que el Espíritu Santo no es un alguien, ya sé que no tiene ojos ni brazos ni voz. Pensemos únicamente en el valor metafórico de la anatomía, consideremos todos estos familiares discursos de palabras y prosas como escenarios figurativos de tracción antropomórfica para que la mente concreta —con la que estamos acostumbrados a pensar— pueda distenderse en el tiempo y sortear obstáculos que de otra forma la paralizarían.

El Espíritu Santo me ayuda a interpretar bajo Su propia Luz todo lo que percibo como temible, y me enseña de esta manera a aceptar que solo lo que es amoroso es verdadero. Por su parte, todo lo que hemos defendido de este mundo escuchando los dictados del ego puede ser utilizado como recursos de enseñanzas para regresar a nuestro hogar.

Y he aquí la nueva interpretación del mundo, un aula colosal en donde aprendo a mirar todo aquello que he aceptado como real al haber rechazado mi Identidad. No dejemos de subrayar que esta es la única manera de poder ver la demencia de la culpabilidad y en consecuencia recuperar la cordura, la paz, la unidad.

Algunas de las lecciones que aún trato de aprender, me han mostrado las facetas más crueles, miserables y perversas del mundo. Villanos que cuidan a desposeídos, infames que asisten a perturbados. Al estudiar *Un curso de milagros* de la mano del Dr. Wapnick, no caigo en la tentación de acaramelar el reporte de mis sentidos recordándome que las atrocidades y las torturas no son más que pequeños errores. Nop.

Como mi decisión es sanar, elijo mirar todo bien de cerca, con los ojos bien abiertos y ver el mundo por lo que es.

> *El mundo que ves es el sistema ilusorio de aquellos a quienes la culpabilidad ha enloquecido. (T-13.IN.2:2)*

Como mi decisión es despertar, no lloro al comprender que un corazón brutal nacido de la culpa escribe la trama del mundo.

El mundo que ves es ciertamente despiadado, inestable y cruel, indiferente en lo que a ti respecta, presto a la venganza y lleno de odio inclemente. (L-pI.129.2:3)

Como mi decisión es recordar, solo unas palabras resuenan en mí.

Si este fuese el mundo real, Dios sería ciertamente cruel. (T-13.IN.3:1)

Solo al elegir aprender y ser una estudiante feliz, pude entender la belleza y santidad del mundo que me rodea. En definitiva, todo mi corazón le dio la bienvenida a las lecciones del único maestro que enseña a reinterpretar este mundo. De esta forma, la promesa de despertar es real, manteniéndose inalterable frente a cualquier dificultad dado que su fuente es la certeza y no la casualidad. Este mundo no tiene salida y la única e infalible escapatoria es cambiar de mentalidad con respecto a él.

El mundo real es el estado mental en el que el único propósito del mundo es perdonar. (T-30.V.1:1)

Sigo aprendiendo mis lecciones, no hay duda, pero en el aparente devenir del tiempo sé que quizás hoy, quizás mañana, seré heredera de un estado interior desprovisto de peligros y sacrificios, puesto que se encuentra abrigado por la paz. Y para acelerar mis pasos, el Espíritu ya me ha dado una suerte de receta.

La tarea del obrador de milagros es, por lo tanto, negar la negación de la verdad. (T-12.II.1.5)

No tengo que elegir la verdad, que ya es eterna y no puede ser cambiada ni sustituida ni astillada. Mi tarea es mirar la negación de la verdad que, en buen romance, es sinónimo de observar el sistema de pensamiento del ego. Miro los horrores como mecanismo para ponerme en contacto con lo que pienso que soy. Todo lo que veo es símbolo de mi intención de seguir aferrada a la negación, y esa decisión me mantiene en la experiencia de que mi Padre esté velado para mí. No tengo que seguir creyendo lo que no es verdad.

El milagro es siempre la negación de ese error y la afirmación de la verdad. (T-2.V(A).14.1)

Restan apenas unas líneas más para concluir esta miscelánea de dulces recordatorios de los preceptos medulares de este camino espiritual. Consideré sustancial un repaso de estos temas como preludio a las crónicas de las prácticas que, entendidas correctamente, son los comienzos de nuestra liberación.

Un curso de milagros integra dos aspectos en una forma perfecta, magistral. Una metafísica no dual que articula una psicología pura, clara y al mismo tiempo profundamente práctica. Resulta entonces que mientras aceptamos que todo este universo —con sus hipergalaxias, púlsares, agujeros negros estelares, nubes moleculares, protoestrellas y otros mañanas de la astronomía— es una ilusión, al mismo tiempo permanecemos atentos al contenido de nuestras acciones aquí, en nuestra vida cotidiana de trabajo, de tarjetas de crédito y de horarios de atención al cliente. Así es como el principio del perdón es el motor de toda acción y ocupa el lugar de las demoledoras creencias en la ira, el odio y la muerte.

Prestar atención a mis pueriles cosas, atrayentes cosas, difusas y penetrantes cosas. No cambio nada externamente, pero pido guía para verlo todo desde otro lugar.

> *Pues el perdón transforma literalmente la visión, y te permite ver el mundo real alzarse por encima del caos y envolverlo dulce y calladamente, eliminando todas las ilusiones que habían tergiversado tu percepción y que la mantenían anclada en el pasado. (T-17.II.6.2)*

Viene ahora a mí un día en la vida de Ela.

Suena el despertador pero Ela igual se queda dormida. Se levanta apurada con ese cruel rezongo interior que le recuerda su imbecilidad. Una ducha obligada y la constante cantinela de las siempre presentes peripecias hijas de su torpeza. Un desayuno solitario y desabrido que se fusiona con la amargura de verse fatalmente excedida de peso.
Estoy cansada - dice Ela con tristeza.

A pesar del tránsito caótico, enmarañado, consigue que sus hijos lleguen a la escuela en hora. Se bajan del coche sin un saludo, un beso. Nada. Ela es chofer. Llega a la oficina donde, a cambio de ocho horas de malabares, recibe la ficción de un salario. Meses y meses de cosas inconclusas, respuestas aplazadas. Solo rumores, chismes y murmuraciones en el orden del día.
Estoy cansada - dice Ela con tristeza.

Vuelve a su casa no sin antes haber hecho algunas compras en el mercado. A mitad de camino, un mensaje de texto «¡Tráeme un mapa político de América del Sur ya! ¡Tengo tarea de la escuela!». Con mucho esfuerzo, va al gimnasio. Ela y su cuerpo piensan distinto. Vuelve rápido para preparar algo de comer. El momento de la cena transcurre lento y extraño entre comentarios del Minecraft a cargo de sus hijos. Una hora más de tareas domésticas. Un ratito de televisión. Va a la cama. Lee un poco. Apaga la luz.
Estoy cansada - dice Ela con tristeza.
¿No habrá otra manera? - es el último pensamiento que destella fugaz en su mente mientras cierra los ojos.

Detalle más, detalle menos, seguramente todos nos podemos identificar con un día así. No obstante, nuestra tarea sigue siendo pedir ayuda. Mirar las relaciones de otra manera, las situaciones de otra manera. Y he aquí la definición más elemental de milagro, un cambio en la percepción. En realidad, un milagro es cambiar de maestro, es elegir de nuevo.

El milagro, por lo tanto, tiene una función única, y lo inspira un Maestro único que trae las leyes de otro mundo a este. (T-14.X.2.6)

Solo hay dos maestros que con devoción y esmero enseñan caminos que se excluyen mutuamente, y esto quiere decir que están ¡en completo desacuerdo con respecto a todo! En algún momento, siendo un poco más honestos y ya sin tanto maquillaje, reconocemos que nada del ego funciona. Esto no significa que en determinados aspectos no parezca operar de maravilla. Cuando decimos que las lecciones del ego no funcionan, estamos expresando que en realidad ninguna nos conduce de regreso al Amor, ni una sola nos ayuda a despertar.

Todo aprendizaje o bien es una ayuda para llegar a las puertas del Cielo o bien un obstáculo. No hay nada entremedias. Hay solamente dos maestros, y cada uno de ellos señala caminos diferentes. (T-26.V.1:5-7)

Por eso todos somos como Ela que, cansada de sus relaciones frustrantes, harta de culpar, hundida en su propio desengaño, en un momento entiende que existe otro camino. Sin negar la experiencia que estamos teniendo, la tarea sigue siendo la misma: volvernos hacia nuestro interior y pedirle al único Maestro que nos enseñe a mirar las cosas de otra manera,

es decir, contemplarlo todo libre de pecado. Y sin lugar a dudas, una experiencia sin trazas de culpabilidad es un milagro que obra como prueba suficiente para demostrar que nuestro Guía interior no procede de nosotros, sino de nuestro Padre. La experiencia es de paz, porque hemos abandonado el maestro de las agresiones, las disputas y las ofensas. Dicho esto, si reconsideramos las experiencias que el ego nos ha regalado, ¿no son motivo más que suficiente para desoírlo definitivamente como maestro?

Para concluir, y siempre dentro de la perfecta combinación de metafísica no dual y el perdón, podemos distinguir una característica única de este camino. En ningún momento resalta ni acentúa especialmente temas centrales como el amor, la paz o Dios, pues se trata de un documento espiritual cuyo énfasis está dado por el deshacimiento de los obstáculos que interfieren en nuestra consciencia de la presencia del amor.

Con su habitual brillantez, el Dr. Ken Wapnick ha señalado una idea que muchas veces pasamos por alto. *Un curso de milagros* explica que Dios no es el problema, ya que el Amor se encuentra —desde siempre y para siempre— en nuestras mentes. El problema entonces radica en nosotros, que hemos sepultado Su Presencia debajo de un sistema de pensamiento que niega tal realidad. La práctica espiritual propuesta consiste pues en identificar, y luego abandonar, todos y cada uno de los obstáculos que nos impiden recordar.

> *La búsqueda de la verdad no es más que un honesto examen de todo lo que la obstaculiza. (T-14.VII.2.1)*

Un alumno feliz es una persona completamente dispuesta a renunciar a todo lo que impide la paz interior. Y cada vez que detectamos algún obstáculo, bien vale recordar la plegaria que Jesús mismo nos invita a elevarle al Espíritu Santo.

> *Enséñame a no hacer de ello un obstáculo para la paz, sino a dejar que Tú lo uses por mí, para facilitar su llegada. (T-19.IV(C).I.11.10)*

Practicar, practicar y practicar

Una de las cosas que me brinda una perfecta sensación de unidad es salir a rodar en mi motocicleta. He tenido experiencias profundamente místicas montada en mi «negrita», donde mis límites corporales se

desvanecen y soy parte de los árboles, los olores del campo, el viento lateral, los pliegues de la ruta, la llanura interminable, el sol que sofoca, el frío que adormece. Confieso que no anduve en busca de esas experiencias, son un valor agregado que no esperaba.

Recuerdo la primera vez que mis ojos siguieron el pasar de una moto. Yo tenía trece años y estaba en la puerta de mi instituto, esperando para entrar. Desde ese día hasta hoy, me vuelvo para mirarlas. Con la esperanza de poder conducir una con medianísima destreza, hice dos cosas. Estudié un poco la física de los vehículos de dos ruedas y puse ese conocimiento en marcha al practicar.

Obviamente, la práctica es lo único que mejora mis habilidades como motociclista. Y para ello, siempre estoy observando con cuidada atención mis limitaciones a fin de determinar si he alcanzado mi máximo potencial o si tan solo estoy frente a la presencia de un obstáculo producto de temores enraizados en mi propia física. Seguramente esta idea necesita una explicación mejor.

Como cuerpos, estamos sujetos a experimentar dos clases de equilibrios. Uno en reposo, que nos permite mantener el mismo estado sin hacer nada; y otro móvil, a fin de mantener una posición adecuada sin estar en reposo. Justo a partir de los seis años, comenzamos a desarrollar la capacidad de equilibrio estático; y desde los nueve, el equilibrio dinámico que, dicho sea de paso, comenzamos a perder después de los cuarenta. En la mecánica del desplazamiento intervienen diversas partes del cuerpo. La columna vertebral y la pelvis, la cadera, la rodilla, el tobillo y el pie. El equilibrio entonces no es una función innata, es algo que vamos adquiriendo. Finalmente, tengamos presente que toda esta descripción sería un enorme galimatías si no supiéramos a través de la experiencia que estoy describiendo nuestra capacidad de caminar.

Pasemos ahora al comportamiento de un vehículo de dos ruedas. Además de los lineales, presenta tres movimientos angulares: el balanceo o inclinación, el viraje en una trayectoria curva y el cabeceo cuando se acelera, frena o se circula en un terreno irregular.

Ahora bien, la práctica es lo único que le permite a un cuerpo con equilibrio estático —o sea, yo— sentirse cómodo en un cuerpo con equilibrio dinámico —es decir, una moto—. Permíteme ilustrar este tema con un ejemplo, por favor. Pensemos que estamos tomando una curva en una carretera. Sin lugar a dudas, mi sentido de equilibrio está comprometido, ya que el giro desafía sus condiciones. Por lo tanto, para recuperar la estabilidad del reposo —con el que el cuerpo se siente a

gusto— el instintito de conservación tomará las riendas y me hará desacelerar. Repito, como al entrar en una curva tengo la sensación de caer, mi respuesta será desacelerar. Al hacerlo, el equilibrio de la moto comienza a perturbarse y la suspensión trabaja de manera desigual. Si la suspensión no trabaja bien, pierdo tracción al instante. Si pierdo tracción, el equilibrio dinámico entra en una situación anómala. Si pierdo el equilibrio, me caigo. Y así mi miedo inicial de caer en una curva se hace realidad.

No pretendo hacer de este capítulo un tratado de ciclística, sino ilustrar profusamente las bondades del estudio y la práctica. Gracias a ello, las horas dedicadas al estudio me permiten no ser un obstáculo y colaborar, con ajustada habilidad, al normal desempeño de mi moto.

Cuando comencé a estudiar *La Biblia de las curvas*, escrito por Keith Code, me detuve en un párrafo donde el autor asegura que si nos caemos en una curva se debe solo a que estamos aplicando y sosteniendo un conjunto de leyes que garantizan la caída. Para evitarla, la solución consiste simplemente en recordar que otro marco de referencia está vigente, a pesar de lo que digan nuestros sentidos. Y casi al igual que tú ahora, no pude dejar de notar el enorme paralelismo existente con la práctica de *Un curso de milagros*.

Una vez me preguntaron cómo deberíamos hacer para vivir desde los milagros. La respuesta es tan simple que divierte: «Aplicar sus principios a nuestra cotidianeidad», fue la breve respuesta. La hermandad se vuelve real y visible para los que la ponen en práctica, y si no me decidido a practicar, miles de páginas no tendrán sentido alguno. Descubriré conceptos esperanzadores, leeré ideas luminosas que me harán emocionar hasta las lágrimas, pero no significarán nada si no permito que me ayuden a tener una vida con raíces en la paz, en la bondad.

> *Por lo tanto, necesitamos ponerlos en práctica por algún tiempo, hasta que se conviertan en las reglas por las que riges tu vida. (T-30.IN.1.7)*

Solo la práctica de las ideas del paradigma de la inclusión, magistralmente expuestas desde 365 puntos de vista, logra esa transformación. A lo largo de los años, desarrollamos una capacidad, un entrenamiento que nos permite estar atentos a esas situaciones en donde nuestros resentimientos salen a la luz.

El periódico y sus reportes diarios de desastres, injusticias y calamidades; la radio y sus programas con noticias de accidentes, muertes y

siniestros al instante. Al respecto, Marianne Williamson ha señalado que como estas actividades forman parte de las lecciones que tenemos que aprender, lo más amoroso sería leer el periódico con Jesús, escuchar la radio con Jesús. Solo con Jesús podemos explorar sin culparnos el contenido de las decisiones que hemos tomado a favor del conflicto y sencillamente… elegir de nuevo.

Esto es equivalente a hacernos a un lado, a dar un paso al costado, como símbolo de volver a nuestra mente y observarnos en acción. Una decisión tan simple que nos permite recordar que somos *el soñador del mundo de los sueños.* Al reconocer esto, recibimos la plenitud de un milagro cuya función no es despertarnos de este sueño, sino mostrarnos quién es el soñador. Y solamente honrando el propósito del Libro de Ejercicios, podremos alcanzar su objetivo final.

> *Perdona al mundo y comprenderás que nada que Dios creó puede tener fin, y que nada que Él no haya creado es real. Con esta frase se resume nuestro curso. Con esta frase se le da a nuestras prácticas el único objetivo que tienen. Con esta frase se describe el programa de estudios del Espíritu Santo exactamente como es. (M-20.5:7-10)*

CAPÍTULO 2

NO SÉ LO QUE DESEO

No sé lo que deseo
Cuando las noches de estío son negras y calladas
Cuando el coro múltiple del viento duerme entre ramas silenciosas.
Anhelo y no sé lo que deseo
Y ningún son de vida ni de risa retiene la corriente negra y silenciosa del tiempo.
No sé lo que deseo.
No lo sé.

Los escándalos de Crome, Aldous Huxley

Escribí estas líneas en cada una de las carpetas que utilicé durante mis años de estudios universitarios. Hice lo mismo con las letras de mis canciones favoritas. Tengo guardada una en particular que forma parte de mis tesoros más preciados. Contiene la caligrafía de mis diecisiete años, mis faltas de ortografía en inglés y una fecha subrayada que alguna vez fue hermosa y el tiempo desmintió.

Volviendo a Huxley, su poesía bien describe esa profunda sensación de monotonía y hastío de mi juventud. Seguramente el adolescente que aún se encuentra en ti, querido lector, podrá identificarse con ella fácilmente. Una infinita necesidad de leer mantuvo ocupada mi mente, la música colmaba mi corazón, mis ansias de saber estaban a la orden del día, pero todo fue cambiando. La ciencia, la literatura, todo me parecía insuficiente. Perderme en las tocatas y fugas de Bach era sumamente placentero al igual que los tantísimos domingos de cine de culto. Pero llegué a ese punto donde me pregunté: «¿Es esto todo?».

Creo que durante toda mi adolescencia —y los años subsiguientes— traté de pertenecer, de encajar, de combinar. No lo logré. Ni una sola vez tuve la sensación de estar en el lugar correcto en el momento adecuado. De alguna manera insistía en sistematizar lo anárquico. Con jovial honestidad confieso que intenté ser normal y ¡ni cerca estuve de conseguirlo!

Y ya perdida en la devastadora red de muertes tempranas, emprendí una búsqueda inútil en la afianzada sospecha de que algo me estaba haciendo falta, algo que en última instancia funcionara como adecuado substituto para la pérdida, una poción mágica para curar mi fealdad, un hechizo para atenuar mis penas, un abracadabra que me hiciera pertenecer. Nunca encontré ese substituto. Lo único que pude hacer fue aceptar, rechazar, comparar, organizar, corregir y cambiar. Es una tarea realmente agotadora tratar de encontrar una forma adecuada de ver el mundo. Jamás he podido.

Literalmente, crecí comparándome. La idea de igualdad era algo ajeno a mi comprensión de aquel entonces, por lo tanto, sé que durante años no abrigué ni un solo pensamiento caritativo. Estos eran imposibles, dado que la interpretación de mi vida tenía a la carencia como irrefutable umbral de análisis. «La caridad del universo es falsa», escribió el músico Luis Alberto Spinetta con toda razón. Sin una experiencia plena de riqueza y armonía, la caridad es una excusa que disimula una profunda insuficiencia.

Y este mecanismo automático de comprobación de desigualdades profundizó la experiencia del desamor. Fueron necesarias unas cuantas décadas para que abrazara, sin excepciones ni acomodamientos, la idea de que el amor no hace comparaciones. Todo lo que se deriva de la decisión de comparar no es pródigo, íntegro, fecundo. De alguna manera, habiendo identificado una falta en mí, habiéndome visto como un triste ejemplo de desacierto, despropósito y desatino, tenía que obtener cualquier cosa para salir de esos desvaríos. Pero, ¡ay de mí!, inhábil para pedir o rogar. Tampoco inteligente para reclamar, exigir. Y absolutamente incapaz de despojar, quitar. Tanto desierto es demasiado para una sola vida, fue mi cínica conclusión.

Quizás puedas reconocerte en algunas de estas ideas, así como también habrás tenido la experiencia de saber que otra forma, otra manera, es posible. A pesar de sentirnos exhaustos, a pesar de los tórridos vientos y cortantes arenas del desierto que ensombrecen la mirada, una diminuta y paciente pizca de nuestro corazón guarda un vestigio ancestral: el recuerdo de nuestra identidad en el Espíritu.

Un Espíritu que ha estado esperando nuestra invitación durante siglos estelares. Un Espíritu cuya voluntad es manifestarse en ti, en mí, en todos. Sin caprichos, distinciones o reticencias. Tú y yo representando el mismo Espíritu de manera plena, magnánima, inclusiva. Un velo denso ahora es ligero, polvo de arena.

> *Sóplalo ligeramente con gran alborozo y verás cómo desaparece. Y entrad en el jardín que el amor ha preparado para vosotros dos. (T-18.VIII.13.7)*

Lección 1. Nada de lo que veo significa nada

¡Esta sí que es una idea desestructurante!

Un primer paso en una práctica espiritual que nos propone mirar mundanas cotidianidades —desde una mesa hasta una mano— con la misma liviandad. Y todos nos dibujamos una enorme y burlona sonrisa interior al imaginar la posibilidad de que un espejo y la salud física no signifiquen nada por igual.

En mis primeros años de práctica fue importante —tal como lo sigue siendo ahora— no forzarme a creer cosas para las que aún no estoy lista. Este mundo, señala el Curso:

> *… procede de la creencia en una jerarquía de ilusiones: de que algunas son más importantes que otras, y, por lo tanto, más reales. (T-23. II.2.3)*

Una aparente escala de valores, una gigantesca graduación de nadas, una florida miscelánea de propósitos inconciliables. Tenemos que mirar estas líneas sin vueltas. Cada una expresa una preferencia, un punto de vista que de alguna forma parece provenir de la fabulosa maquinaria del mundo. Pero no es así.

En realidad, la mente juzga todo aquello que los ojos contemplan y así ocurre el mudo proceso de significar. Pero ¿existe en realidad ese significado? No. Querido lector, no es lo mío dar respuestas, pero este caso bien vale excepción.

Elegimos llamar realidad a las preferencias personales y de esta forma decidimos si lo que vemos es aceptable o aciago, deseable o despreciable, placentero o penoso. Desde este paradigma entonces, ¿cómo hacer para recorrer el camino de los milagros?

Aprender este curso requiere que estés dispuesto a cuestionar cada uno de los valores que abrigas… Ninguna creencia es neutra. Cada una de ellas tiene el poder de dictar cada decisión que tomas. Pues una decisión es una conclusión basada en todo lo que crees. (T-24. IN.2. fragmentos)

Las decisiones que tomamos proceden de nuestras creencias. Y darle la bienvenida a la idea que propone que nada de lo que vemos significa nada, radicalmente planteada en el mismísimo preludio de un camino espiritual que nos ofrece un modo de recuperar la paz interior, no significa renunciar, renegar o regañar nuestras creencias. Esta idea, así de extraña y casi inexplicablemente singular, encierra un infinito valor.

Cuando al mirar los objetos que me rodean digo que *nada de lo que veo significa nada,* al mismo tiempo pienso que mis libros sí tienen significado, que mi ventana y mis manos y mis fotos sí tienen significado. Por lo tanto, esta es la experiencia total de mi aceptación completa e indivisa del paradigma de pensamiento del ego, mi identidad sustituta.

Si solo contemplando las pequeñas cosas que me rodean puedo ver mi jerarquía de ilusiones en acción, ¡cuánto más arraigada estará mi vida en contra de las enseñanzas de la paz! De una manera muy calma, apacible, estoy permitiendo que una nueva línea de pensamientos honestos destelle en mí.

Quizás no quiera aprender este camino espiritual. Quizás tampoco he querido aprender ninguna de las opciones del menú de la espiritualidad instantánea para la mujer moderna que el mundo ofrece. Quizás lo que quiera es que mi vida siga funcionando así de disfuncional.

Sin embargo, hoy observo mis pensamientos y puedo apreciar la posibilidad de que mis creencias no sean sino ilusiones que yo misma he forjado y que, por lo tanto, la Verdad sigue siendo verdad. Con mi fe casi truncada y roída, elijo practicar una idea que otras veces leí sin comprender.

El Espíritu Santo tiene otro uso para todas las ilusiones que tú has forjado, y, por lo tanto, ve en ellas otro propósito. (L-pI.64.2.2)

Todas las ilusiones que abrigamos, protegemos y celosamente custodiamos desaparecerán frente a la Respuesta que el Amor Mismo ha salvaguardado.